



Se acercaron los dos a la verja. Era aquello un cónclave de mendigos, un conciliábulo de Corte de los Milagros. Las mujeres ocupaban casi todo el patio; en un extremo, cerca de una capilla, se amontonaban los hombres; no se veían más que caras hinchadas, de estúpida apariencia; narices inflamadas y bocas torcidas; viejas gordas y pesadas como ballenas, melancólicas; viejezuelas esqueléticas, de boca hundida y nariz de ave rapaz; mendigas vergonzantes con la barba verrugosa, llena de pelos y la mirada entre irónica y huraña; mujeres jóvenes, flacas y extenuadas, desmelenadas y negras; y todas, viejas y jóvenes, envueltas en trajes raídos, remendados, zurcidos, vueltos a remendar hasta no dejar una pulgada sin su remiendo. Los mantones, verdes, de color de aceituna, y el traje triste ciudadano, alternaban con los refajos de bayeta, amarillos y rojos, de las campesinas. (...) Entre los mendigos, un gran número lo formaban los viejos; había lisiados, cojos, mancos; unos hieráticos, silenciosos y graves; otros movedizos. Se mezclaban las anguarinas pardas con las americanas raídas y las blusas sucias. Algunos andrajosos llevaban a la espalda sacos y morrales negros; otros, enormes cachiporras en la mano; un negrazo, con la cara tatuada a rayas profundas, esclavo, sin duda, en otra época, envuelto en harapos, se apoyaba en la pared con indiferencia digna; por entre hombres y mujeres correteaban los chiquillos descalzos y los perros escualidos; y todo aquel montón de mendigos, revuelto, agitado, palpitante, bullía como una gusanera.

**Pío Baroja, *La busca***



Madrid, plano, blanquecino, bañado por la humedad, brotaba de la noche con sus tejados, que cortaban en una línea recta el cielo; sus torrecillas, sus altas chimeneas de fábrica y, en el silencio del amanecer, el pueblo y el paisaje lejano tenían algo de lo irreal y de lo inmóvil de una pintura.

Clareaba más el cielo, azuleando poco a poco. Se destacaban ya de un modo preciso las casas nuevas, blancas; las medianerías altas de ladrillo, agujereadas por ventanucos simétricos; los tejados, los esquinzos, las balaustradas, las torres rojas, recién construidas, los ejércitos de chimeneas, todo envuelto en la atmósfera húmeda, fría y triste de la mañana, bajo un cielo bajo de color de cinc.

**Pío Baroja, *La busca***

Manuel se dedicó a observar a los huéspedes. Era el día siguiente al complot, y doña Violante y sus niñas estaban hurañas y malhumoradas.

La cara abotagada de doña Violante se fruncía a cada momento, y en sus ojos saltones y turbios se adivinaba una honda preocupación. Celia, la mayor de las hijas, molestanda por las bromas del cura, comenzó a contestarle violentamente, maldiciendo de todo lo divino y humano con una rabia y un odio desesperado y pintoresco, lo que provocó grandes risas de todos. Irene, la culpable del escándalo de la noche anterior, una muchacha de quince a diez y seis años, de cabeza gorda, manos y pies grandes, cuerpo sin desarrollo completo y ademanes pesados y torpes, no hablaba apenas, ni separaba la vista del plato.

**Pío Baroja, *La busca***

El cielo comienza a clarear indeciso. La niebla se extiende en larga pincelada blanca sobre el campo. A lo lejos, una campana toca lenta, pausada, melancólica. El cielo comienza a clarear indeciso. La niebla se extiende en larga pincelada blanca sobre el campo. Y en clamoroso concierto de voces agudas, graves, chirriantes, metálicas, confusas, imperceptibles, sonoras, todos los gallos de la ciudad dormida cantan. En lo hondo, el poblado se esfuma al pie del cerro en marcha incierta. Dos, cuatro, seis blancos vellones que brotan de la negrura, crecen, se ensanchan, se desparraman en cendales tenues. El carraspeo persistente de una tos rasga los aires; los golpes especiados de una maza de esparto, resuenan lentos.

Poco a poco la lechosa claror del horizonte se tiñe en verde pálido. El abigarrado montón de casas va de la obscuridad saliendo lentamente. Largas vetas blanquecinas, anchas, estrechas, rectas, serpenteantes, se entrecruzan sobre el ancho manchón negruzco. Los gallos cantan pertinazmente; un perro ladra con largo y plañidero ladrido.

El campo -claro ya en el horizonte- se aleja en amplia sábana verde, rasgado por los trazos del ramaje ombrajoso, surcado por las líneas sinuosas de los caminos. El cielo, de verdes tintas, pasa a encendidas nacaradas tintas.

**Azorín, *La voluntad***

### **Sinfonía en gris mayor**

El mar como un vasto cristal azogado,  
refleja la lámina de un cielo de zinc;  
lejanas bandadas de pájaros manchan  
el fondo bruñido de pálido gris.

El sol como un vidrio redondo y opaco,  
con paso de enfermo camina al cenit;  
el viento marino descansa en la sombra  
teniendo de almohada su negro clarín.

Las ondas que mueven su vientre de plomo,  
debajo del muelle parecen gemir.  
Sentado en un cable, fumando su pipa,  
está un marinero pensando en las playas  
de un vago, lejano, brumoso país.

Es viejo ese lobo. Tostaron su cara  
los rayos de fuego del sol de Brasil;  
los recios tifones del mar de la China  
lo han visto bebiendo su frasco de gin.

La espuma impregnada de yodo y salitre,  
ha tiempo conoce su roja nariz,  
sus crespos cabellos, sus bíceps de atleta,  
su gorra de lona, su blusa de dril.

En medio del humo que forma el tabaco,  
ve el viejo el lejano, brumoso país,  
adonde una tarde caliente y dorada,  
tendidas las velas, partió el bergantín.

La siesta del trópico. El lobo se aduerme.  
Ya todo lo envuelve la gama del gris.  
Parece que un suave y enorme esfumino  
del curvo horizonte borrara el confín.

La siesta del trópico. La vieja cigarra  
Ensaya su ronca guitarra senil,  
y el grillo preludia un solo monótono  
en la única cuerda que está en su violín.

**Rubén Darío, *Prosas profanas***